

El mariscal de Saint-Arnaud acaba de escribir al emperador: «No me consolaré en toda mi vida de no haber tenido siquiera mis dos regimientos de Africa.» ¡Toda su vida, ¡ay!, no debía durar más de una semana! El 21 de septiembre, al día siguiente de la batalla, aún está lleno de confianza, de ardimiento y de entusiasmo, y escribe á la mariscala: «¡Victoria, victoria, Luisa amada! Ayer he derrotado completamente á los rusos, tomándoles posiciones formidables defendidas por más de cuarenta mil hombres, que se han defendido bien; pero nada puede resistir al ímpetu francés y al orden y la solidez de los ingleses..... El efecto moral es inmenso. Todo el ejército me quiere y tiene gran confianza en su jefe. Mi salud se sostiene..... Todas las fuerzas disponibles en Crimea se hallaban delante ayer de mí. Esto no me impedirá tomar Sebastopol. Adiós, Luisa mía; Dios nos protege; ten calma y tranquilidad. He aquí una hermosa página para mi hoja de servicios.»

22 septiembre. El mariscal se halla aún en el terreno donde se dió la batalla y escribe otra carta á la mariscala. «No estoy peor de salud; siempre es la misma cosa; pero no tengo apetito ni sueño..... ¡Qué hermosa victoria, Luisa mía! Todos están orgullosos y contentos y arden en deseos de encontrarse con los rusos. Ahora conduciría el ejército hasta el fin del mundo, pero ya he cumplido todos mis deberes y no quiero pensar más que en cuidarme. ¡Qué feliz será toda la familia en París, y cuántas cosas se agitan en mi pobre cabeza!... El cielo está con nosotros, pero los ingleses se retrasan mucho. Adiós, querida amiga; te escribiré desde Sebastopol.»

El mariscal escribe el mismo día: «Los ingleses no están dispuestos aún, y me veó detenido como en Baltchick y en Old-Fort. Justo es decir que tienen más heridos que yo y que se hallan más lejos del mar.» Y añade en su diario: «¡Qué lentitud en nuestros movimientos; no se puede hacer la guerra así! ¡El tiempo es admirable, y no lo aprovecho! ¡Esto me irrita!»

23 septiembre. Se prosigue la marcha. A las cuatro de la tarde, las avanzadas divisan por primera vez Sebastopol y el faro de Quersoneso.

La epidemia reaparece, y se embarcan algunos coléricos en la flota, que avanza á la altura del ejército durante el día y anda en frente del campamento por la noche.

El mariscal escribe á su hermano desde el vivac de Belbeck: «Mañana tomaré el camino de Balaclava, deteniéndome después sobre el Tchernaiia, y el 2 me hallaré al Sud de Sebastopol, dueño de Balaclava, después de evitar todas las fuertes baterías y reductos del enemigo al Norte, lo cual es una hábil maniobra. Vemos Sebastopol, y desde la ciudad se divisan los fuegos de los vivacs, que ocupan una extensión de cerca de tres leguas.»

El mismo día comprende que, á pesar de toda su energía, las fuerzas físicas van á faltarle, y como el coronel Trochu le invitase á resignar el mando, el mariscal le contesta: «Gracias, querido amigo, por esta franqueza que os honra; necesitaba oír ese lenguaje, conozco mi estado, y que ya no me queda vigor. La conciencia me ordena dejar el mando, porque no quiero comprometer el éxito de nuestro triunfo.» Saint-Arnaud se resigna como buen cristiano á la voluntad de Dios; pero no puede menos de exclamar: «¿Por qué no se me hace gracia hasta que haya entrado en Sebastopol? ¡Séame permitido tan sólo llegar hasta allí y estaré contento!» En este mismo día, 24 de septiembre, en el vivac de Belbeck, el mariscal, exhausto ya por enfermedades tan crueles, siente los primeros síntomas del cólera.

25 septiembre. El mal se agrava.

26. Ya no queda esperanza. El vencedor se ve obligado á resignar el mando en el general Canrobert, y con mano casi helada firma esta orden del día, patética despedida al ejército:

«En el cuartel general del vivac de Menkendié, 26 septiembre de 1854. Soldados: la Providencia rehusa á vuestro jefe la satisfacción de seguir conduciéndoos por la vía gloriosa que se abre ante vosotros. Vencido por la cruel enfermedad contra la cual ha luchado inútilmente, ve con profundo pesar la necesidad de resignar el mando, cuyo peso no le permite soportar una salud perdida para siempre; pero sabrá cumplir con el imperioso deber que las circunstancias le imponen.

»Soldados: vosotros me compadeceréis, pues la desgracia que me hiere es inmensa, irreparable, y tal vez sin ejemplo. Entrego el mando al general de división Canrobert, á quien el emperador, en su previsora solicitud por este ejército y por los grandes intereses que representa, ha revestido de los poderes necesarios por una carta cerrada que tengo á la vista. Mucho dulcifica mi dolor dejar en tan dignas manos la bandera que Francia me había confiado. Dispensaréis vuestro respeto y confianza á este general, á quien una distinguida carrera militar y el mérito de los servicios prestados han valido la notoriedad más honrosa en el país y en el ejército. Continuará la victoria de Alma y tendrá la dicha, que yo había soñado para mí y que le envidio, de conducirnos á Sebastopol.»

Mas ¡ay!, á pesar de su heroísmo, tampoco le será dado á Canrobert penetrar en Sebastopol.

Las tropas acaban de establecer su vivac á orillas del Tchernaiia. La tierna despedida de su jefe les conmueve, y su emoción crece de punto cuando le

ven dirigirse hacia Balaclava en el coche del príncipe Menchikoff, cogido el día de la batalla de Alma. Se detiene un instante al ver á sus antiguos compañeros de Africa, los zuavos, que se acercan respetuosamente á él, y sonriendo, fija en ellos una mirada benévola y melancólica. Llegado á Balaclava, ya no tiene más que una idea, cual es la de embarcarse lo más pronto posible en el *Berthollet*, con la esperanza de ver otra vez, antes de morir, á su querida esposa, que aún sigue en Constantinopla; pero el buque no estará dispuesto hasta el 29.

28 septiembre. La crisis del cólera cesa momentáneamente, y el mariscal hace escribir desde Balaclava que está salvado y que seguramente se sabrá dentro de quince días que la bandera de Francia ondea en Sebastopol.

29 septiembre. Son las ocho de la mañana, y el *Berthollet* se dispone á levar anclas: es el mismo buque en que el mariscal ha llegado desde Francia á Oriente. El vencedor de Alma llega conducido en una litera por marineros, con una bandera tricolor á sus pies; dos compañías han formado en filas, é ingleses y franceses le saludan al paso. Se le conduce á bordo del *Berthollet* y el buque parte.

Durante la travesía, el mismo día 29 de septiembre, á las cuatro de la tarde, sin recibir la última bendición de un sacerdote, el mariscal entrega su alma á Dios.

M. Benedetti, encargado de negocios de Francia en Constantinopla, escribe á M. Drouyn de Lhuys: «Terapia, 4 de octubre de 1854. Los restos mortales del mariscal de Saint-Arnaud han sido depositados provisionalmente en la capilla de la embajada, y he mandado celebrar un servicio fúnebre, invitando solamente, conforme á los deseos de la señora mariscala de Saint-Arnaud, á los oficiales agregados á la persona del difunto y á los primeros jefes de servicios. El señor embajador de Inglaterra, con sus secretarios y auxiliares, ha tenido á bien reunirse con nosotros para tributar sus respetos á la memoria del ilustre jefe de nuestro ejército, asistiendo á la ceremonia. Los pabellones de ambas embajadas han sido izados á toda asta y no se arriarán hasta que haya marchado el *Berthollet*, que sale hoy de la bahía de Terapia para llevar á Marsella el cuerpo del mariscal.

»La señora mariscala, queriendo acompañar los restos mortales de su esposo, se embarcará en dicho buque. He sabido que el gobierno otomano, deseoso de manifestar públicamente la parte que toma en nuestro sentimiento, ha encargado al seraskier y al capitán bajá que sigan el convoy en dos barcos de vapor hasta el mar de Mármara, habiéndose comunicado á todas las baterías del Bósforo orden de saludar al *Berthollet* á su paso con diez y nueve cañonazos.»

El *Moniteur* del 11 de octubre reproducirá un artículo del *Univers* en que M. Luis Veuillot ha dicho: «Profunda aflicción viene á mezclarse con la alegría que propagan las gloriosas noticias de Crimea. Dios ha llamado á sí á un gran hombre; el héroe de esa prodigiosa campaña ha dejado de existir. A los

buques que nos traían aquellos boletines tan llenos de vida y de ardimiento guerrero, ha seguido el que conduce su yerto cadáver..... Muere bajo las miradas de todo el mundo, descargando con su espada uno de esos grandes golpes que resuenan en la vida de los imperios. Tres naciones inclinan sobre su tumba su bandera agradecida.... Al retirarle algunas horas de los cuidados del mando y del estruendo de las armas, la Providencia le ha concedido lo que él pedía sin duda, el tiempo necesario para humillar su corazón. Ese gran general era un modesto y ferviente cristiano.»

Francia ama el heroísmo, y los imperialistas no fueron los únicos en celebrar al mariscal de Saint-Arnaud. Legitimistas, orleanistas y republicanos olvidaron al ministro de la Guerra del golpe de Estado de diciembre para no acordarse más que del general en jefe del ejército de Oriente, el vencedor de Alma el hombre cuyo sudario era una bandera triunfante.